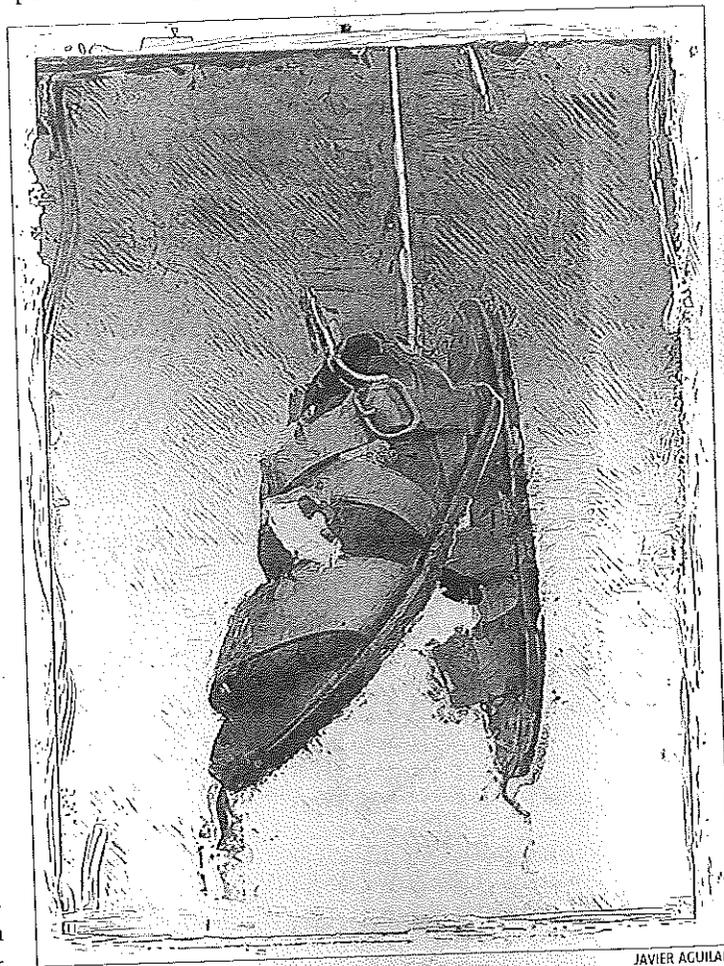


Hombres de Dios

Década de los 90 del pasado siglo XX. Siete monjes trapenses del monasterio de Nuestra Señora del Atlas, en Tibhirine (Argelia), fueron asesinados. Eran franceses y se dedicaban a la oración y al trabajo en el campo, así como a la atención de un concurrido dispensario al cuidado de uno de los monjes -Luc-, que era médico. No tenían una misión apostólica de evangelización, ni practicaban el proselitismo, sino que impulsaban en la zona un grupo de oración y diálogo entre cristianos y musulmanes, apodado *Vínculo de Paz*. El monasterio había donado casi todas sus tierras al Estado y compartía su jardín con el pueblo vecino. Los monjes habían rehusado colaborar con los guerrilleros islamistas, a los que llamaban "los hermanos de la montaña". También habían rechazado la protección del ejército y la ayuda ofrecida por el nuncio. Cuando la guerrilla exigió que los extranjeros salieran del país, ellos se negaron por fidelidad a la gente del lugar, que los apreciaba y quería. Casi todos los misioneros y misioneras extranjeros que estaban en Argelia hicieron lo mismo. Los monjes de Tibhirine fueron sacrificados. El más joven tenía 45 años y el más anciano 82. Secuestrados el 27 de marzo de 1996, dos meses después se supo que habían sido decapitados el 30 de mayo por los guerrilleros fundamentalistas. A los nueve días se hallaron sus cuerpos, que fueron sepultados en el pequeño cementerio del monasterio, ahora sin monjes. Quedaron para siempre en la tierra que habían elegido. En Francia, por primera vez desde la muerte del papa Juan XXIII, todos los templos católicos dobla-

ron sus campanas en señal de luto por aquellos que, en el silencio y el servicio humilde a la gente del Atlas, habían optado por la no violencia y el diálogo con sus hermanos musulmanes.

En su testamento espiritual, el prior del monasterio -Christian-Marie Chergé-, que había previsto el martirio desde hacía dos años, deja constancia de su respeto a la fe islámica, de su amor al pueblo argelino, de su perdón "al amigo del último momento que no habrá sabido lo que hacía",



JAVIER AGUILAR

augurando poder reencontrarlo un día cerca de Dios, "padre de ambos". Pocos años atrás, al prior Chergé le había salvado la vida un amigo argelino, que fue después asesinado en represalia por su solidaridad con el sacerdote. Este episodio marcó y orientó la vida de Christian-Marie y de su comunidad, que -como su Maestro- fueron fieles hasta el extremo, es decir, hasta la muerte.

Xavier Beauvois ha dirigido una hermosa película -*De dioses y hombres*- sobre estos hechos tan sencillos como tremendos. Todo encaja: guion, interpretación, fotografía e incluso -a mi juicio- el tempo, que para algunos es moroso en extremo y a mí me parece ser el que la narración exige. La historia me golpeó y a la salida del cine, de regreso a casa, comencé a pensar en la enseñanza que encierra, que se me antoja especialmente fecunda en tiempos de grave tribulación y cambio radical como son los que corren: un fin de época en el que parece disolverse el antiguo orden sin que acabe de nacer el que, antes o después, habrá de sustituirlo, ya que no hay sociedad posible sin sujeción a norma. Esta enseñanza, extraída de la vida y el martirio de los monjes, podría concretarse en tres máximas que constituyen otras tantas pautas de comportamiento individual:

Primera. Permanecer donde estás. No se trata tanto de seguir viviendo donde vives -lo que a veces sí reviste un especial sentido-, como, sobre todo, de tener el valor -el coraje- de aferrarnos a lo que creemos correcto, aun-

que nos vaya en ello la vida. Lo que tiene una versión menos dramática pero también difícil: decir en público lo mismo que decimos en privado. En especial, cuando el canon dominante lo anega todo, hasta el punto de que incluso los ricos y poderosos lo hacen suyo, guiados por aquel sentido de adaptación para la supervivencia que los caracteriza y los hace inmunes a cualquier verdad o valor permanente que no sea su beneficio y bienestar.

Segunda. Hacer bien lo que haces, por

Un fin de época en el que parece disolverse el antiguo orden sin que acabe de nacer el que habrá de sustituirlo

modesta que sea tu tarea y tanto si tiene repercusión pública como si se diluye en el anonimato. Es el sentido del trabajo, que nos compromete con un quehacer o un proyecto, nos vacuna contra la tentación del dinero fácil y la especulación, nos sociabiliza y nos hace, al fin, merecedores de confianza.

Tercera. Tener esperanza. Una esperanza, tan difusa como firme, que es -o así me lo parece- el compendio de todas las virtudes y el impulso de todas las rectas acciones. Porque para tener esperanza hay antes que creer en algo y querer a alguien. Es llamativo a este respecto que, en la película, un día que el prior habla de una entrevista que pretende hacerle un periodista, su interlocutor le responde que a los periodistas no les interesa la esperanza. Una observación sugerente sobre la que volveré otro día.

Uno de los monjes -Luc, el médico de 82 años- dejó, quizá como testamento, una casete con una canción de Edith Piaf. No hace falta que les diga cuál. Ustedes ya se la imaginan. ●